

hacer puntería. La herida del general no es mala, pero como es tan gordo se desangró mucho y ha sufrido horriblemente. Los demás estamos ya aquí sanos y salvos. Los franceses han venido detrás de nosotros á una jornada; pero se ha quedado vigilándolos é inquiteándolos la guerrilla Martínez. Mañana ó pasado tendremos el combate decisivo, amigos míos; bebamos, pues, por la victoria.

—¡Por la victoria!

—¡Viva México!

—Llamada de tropa, exclamó Velázquez aplicando el oído al son de una corneta que se dejó escuchar.

—A nuestros cuarteles, dijo Robles, y mañana cada cual firme en su puesto.

—La última copa, pues, en recuerdo de nuestras amadas.

—Bien, y mañana nos encomendaremos á ellas y á nuestro Dios, como los caballeros de la edad media

Tomaron la copa alegremente y todos se salieron de la fonda haciendo ruido con las espadas.



## CAPITULO LII.

### *Momentos supremos.*

ERA el 5 de Mayo de 1862. Don Benito Juárez, á las siete de la mañana se encontraba ya en los salones Presidenciales rodeado de los ministros y de muchos de sus amigos, entre los que había diputados, militares y empleados superiores.

Se había estado paseando antes de que hubiera gente, y de cuando en cuando se detenía ante una mesa, cogía tres ó cuatro telegramas de los últimos que habían estado llegando la noche anterior, los volvía á leer, y sin que su fisonomía se alterara en lo más mínimo, continuaba sus paseos y dirigía pocas palabras á los pocos individuos que se encontraban en el salón, se puede decir bien, los íntimos, los de la familia.

De repente se detuvo, dirigió la mirada al balcón como para calcular la hora sin necesidad de ver la muestra, y dijo como hablando consigo mismo:



—A estas horas Zaragoza ha levantado el campo ó se está batiendo.

—Debe estar atacando á Lorencez según el plan comunicado, dijo uno de los íntimos.

—Sí, siempre que O'Horán hubiera derrotado á Márquez, porque si Márquez ha eludido el encuentro y se ha unido á los franceses, ya Zaragoza queda impotente con mil quinientos hombres menos, que no habrán podido reunirse estando de por medio el ejército francés.

—Lo probable es que nuestras tropas se estén batiendo con los franceses, dijo con voz muy elevada Santa-cilia, haciendo contraste con el silencio casi religioso que reinaba en el salón.

En esos momentos apareció el ministro de la Guerra general don Pedro Hinojosa con un papel en la mano.

—Es un telegrama de Puebla, dijo al Presidente, llevándose al hueco de un balcón.

El general Tapia, gobernador y comandante militar de Puebla, decía que Zaragoza no podía comunicarse con el gobierno porque desde temprano había abandonado la ciudad para situarse con sus fuerzas en las faldas de los cerros de Loreto y Guadalupe para acudir á donde fuera necesario.

Que Márquez había sido derrotado por O'Horán, y que de consiguiente los franceses no podían recibir aquel refuerzo, siendo probable que tampoco O'Horán pudiera llegar á tiempo, porque los franceses, según las noticias, se habían movido de Amozoc y seguían avanzando.

De un momento á otro se presentarían y atacarían la plaza ó los fuertes de Loreto y Guadalupe.

En el primer caso, Zaragoza le lanzaría sus columnas luego que lo creyera oportuno.

En el segundo caso, Tapia á su vez, atacaría á los franceses si se le ordenaba, ó haría fuego solamente desde sus posiciones. Que se conservaba bien el espíritu de la tropa, y que todo hacía esperar un resultado favorable en el combate, aunque no decisivo, por la superioridad de las tropas francesas tanto en número como en armamento y pericia militar. Que si el enemigo no cortaba la línea telegráfica, seguiría comunicando los incidentes del combate.

Juárez hizo que se leyera en alta voz aquel mensaje, y como los ayudantes estaban anunciando repetidamente á varias personas, ordenó que se abrieran las puertas y que entraran los que quisieran.

—Es muy justo que todos quieran saber lo que pasa, y es muy justo también que lo sepan.

Entonces hicieron irrupción los diputados, militares, etc., y la conversación unas veces era general y otras particular, en los diferentes grupos, manifestándose en el semblante de todos la ansiedad, la inquietud, el entusiasmo y hasta la angustia.

Sólo el Presidente permanecía tranquilo, inmovible, como si en aquellos momentos no fuera á resolverse por las armas quizás el porvenir de su gobierno y el de la República.

Si Zaragoza era derrotado ¿no era seguro que el ejército francés iba á avanzar á marchas forzadas sobre la Capital, para no dar tiempo á que llegaran los contingentes de los Estados y se le volviera á presentar un nuevo combate que siempre disminuiría sus fuerzas, de por sí no muy numerosas? ¿Y qué podría hacer Juárez si no declararse vencido ó huir al Interior como en la vez pasada empuñando la bandera de la legalidad? Pero en aquel en-



tonces los reaccionarios estaban solos, y esta vez tenían ya el apoyo de las bayonetas francesas que podían seguirse aumentando indefinidamente. ¿No era por lo mismo la situación difícil y azas comprometida? Sin embargo, aquel hombre parecía seguir siendo como de roca.

Así como la animación era grande en los salones presidenciales, de la misma manera las antesalas, los corredores de Palacio y el frente y los costados de este edificio estaban muy concurridos por infinidad de personas que deseaban adquirir noticias, las que, como era natural, circulaban muy adulteradas, pues ya se decía que los franceses habían caído en una emboscada, ya que había estallado un pronunciamiento en Puebla, ó ya que Zaragoza había sido destrozado y que el ejército invasor seguía avanzando sin detenerse para ocupar la Capital.

Estas noticias desfavorables las esparcían los simpatizadores de un príncipe extranjero, quienes por fortuna en aquellos momentos eran pocos en la Capital, á pesar del desprestigio que los periódicos de oposición y una parte numerosa de los diputados habían procurado hacer caer sobre el gobierno para que sustituyera á éste el partido orteguista, esto es, el partido de los que querían que fuera Presidente de la República el general González Ortega, algunos de buena fé, para que hubiera más energía, más iniciativa y más justicia en la administración; pero los más, como sucede generalmente, para obtener mayores ventajas personales.

Así, aunque la oposición á Juárez había sido terrible en los meses anteriores, ésta era más bien de los liberales mismos, pues los conservadores, monarquistas ó clericales estaban trabajando en la sombra, y ya sabían que la intervención, como trabajada por ellos mismos, tenía que

resultar en su provecho, y no necesitaban más que esperar el desenlace de aquella comedia de monarquía sin apresurarse á poner gran cosa de su parte, por eso las noticias fatales eran pocas y mal acogidas y referidas más bien por los ociosos y mal intencionados.

Transcurrió una hora sin que se recibiera ningún mensaje de Puebla, y todos los que rodeaban al Presidente demostraban ya la mayor ansiedad, cuando el ministro de la Guerra dió cuenta con el segundo de la mañana que acababa de llegar y que decía:

«Los exploradores avisan que el ejército enemigo sigue avanzando.

«Además, desde lo alto de las torres de la Catedral se ve perfectamente el polvo que levanta la columna, todavía como á unas cuatro leguas de distancia.»

El Presidente dijo sin inmutarse al ministro:

—Acusaremos recibo de este despacho, suplicando al general Tapia que nos continúe informando sin interrupción de lo que pase, y de que en el caso que sea cortada la línea telegráfica, tenga mensajeros listos para que vengán á depositar sus despachos en la primera oficina que se encuentre expedita fuera de la zona del combate.

Todos aprobaron expresivamente esta determinación del Presidente.

Poco después se recibió otro mensaje del general Tapia diciendo:

«El general Zaragoza me encarga comunique al supremo gobierno que ya tiene todas sus medidas dictadas y todo su plan combinado para resistir ó para atacar, según las circunstancias, luego que se presente el enemigo, y que



en junta general de oficiales generales se acordó combatir hasta vencer ó morir, mientras quede un hombre y un cartucho. Que puede descansar el personal del Ejecutivo en la seguridad de que la bandera nacional será defendida vigorosamente y de que el honor militar mexicano saldrá bien librado en esta prueba.»

Indecible fué el entusiasmo que produjo este telegrama entre los íntimos de la administración allí reunidos.

Sucesivamente el general Tapia continuó rindiendo los siguientes partes:

«Son las nueve de la mañana. Se ha avistado el enemigo.»

»A las nueve y media. Las tropas que forman la columna francesa se ven ya perfectamente desde esta plaza, de tal modo, que pueden contarse sus cuerpos, sus cañones, sus banderas y el inmenso número de carros y mulas de carga que forman su convoy, con repuesto de víveres y de municiones.»

«Nueve y tres cuartos. Como unos cien tiradores nuestros que estaban pecho á tierra, se han levantado y hecho fuego, haciendo detener toda la columna. Casi en el acto se ha destacado otra faja mucho más numerosa de tiradores á pié del enemigo, y los nuestros se han retirado paso á paso hasta cubrirse con los árboles, sin dejar de hacer fuego. Después de esta pequeña demostración, ha continuado el silencio. Ni con el anteojo se ve, ni los exploradores confirman el hecho de que vengan soldados mexicanos con los invasores, no obstante que se sabe que vienen Almonte, Haro y otros generales, lo mismo que el padre Miranda y algunas personas que se dicen conoce-

doras de la plaza de Puebla y de sus contornos. La columna francesa, según se advierte, se compone de unos seis mil hombres. Nosotros le oponemos menor número, pues el general Zaragoza, habiendo desprendido á O'Horán con la mayor parte de la caballería, sólo cuenta con cuatro mil hombres escasos, de línea, y yo tengo en la plaza cerca de mil quinientos, pero todos reclutas. Tenemos municiones, pero no las suficientes para un sitio ni para combates muy prolongados. Se entiende que estos informes son enteramente confidenciales.»

«A las diez de la mañana. A la vez que los cuerpos del enemigo han formado pabellones y encendido fogatas para tomar sus raciones en pleno campo, se ha destacado un Estado Mayor, probablemente el del general en jefe, seguido de un escuadrón, para hacer reconocimientos, según se advierte, dirigiendo éstos de preferencia á los cerros y no á la plaza como todos creíamos. Aunque el general Zaragoza debe estar observando estas operaciones, ya las mando poner en su conocimiento, sobre todo por si se presentare la oportunidad de cortar á ese grupo de gente, de modo que no pueda volver á su campamento.»

«Son las once. El reconocimiento fué corto, y como me había imaginado, se dirigió á inspeccionar el terreno para establecer la artillería de sitio, desde donde se puedan batir los fuertes, y en ver las dificultades materiales que puedan presentar los caminos que deben elegirse, y fundo mi opinión en que inmediatamente después del regreso de los jefes con su escolta, han salido los ingenieros y trabajadores á desempeñar trabajos de zapa, muy bien escoltados. Se observa gran movimiento en el campo enemigo; pero muy ordenado, y por el orden de formación que toman los cuerpos, se comprende que se están orga-